

Alexander Lernet-Holenia: el monarquista como fetichista

Héctor Orestes Aguilar

para Héctor Carreto

Durante los años 60 fue una puntada muy conocida: decir que la literatura austriaca de aquellos días estaba constituida por dos escritores, Lernet y Holenia, era rendir homenaje a una carrera literaria para entonces ya muy dilatada en más de una treintena de libros de poesía, teatro, narrativa y crítica. Alexander Lernet-Holenia nació al final del siglo pasado y a partir del tercer decenio del nuestro comenzó a publicar sus obras esenciales, una suerte de biografía de época que adquirió muchas formas pero que siempre tuvo por materia la celebración memoriosa y nostálgica del imperio danubiano, de la monarquía austrohúngara hoy tan extrañada como ecumene y crisol de naciones y culturas.

Si los escritos de Lernet forman parte de esa pasión por recuperar el pasado que anima tanto a la cultura austriaca, su mirada y su voz le otorgan un lugar aparte en el escenario de la literatura contemporánea. Antimoderno, perteneció siempre a una raza de escritores cuya aristocracia espiritual los separó del sentido comercial de actualidad literaria. Ya desde sus mejores días, las obras más refinadas de Lernet tomaron distancia de aquellos libros que tuvo que escribir como encargo o con el claro propósito de concebir un best-seller. Incluso en obras farragosas que se prolongan penosamente sólo para poder completar un cierto número de páginas, la fantasía del polígrafo austriaco esboza momentos de una prosa inteligentísima y alucinante.

En novelas menores como *El Conde Luna*, *El batallón de las dos Sicilias*, y *El collar de la reina*, resulta encantador hallar no pocos pasajes de depurada concepción novelística que se diluyen o desaparecen bajo el peso de tramas banales y mal resueltas. Un cuento memorable, "El unicornio" —en el que se habla de un rinoceronte que ha escapado de un zoológico y que ronda por los páramos que circundan a un castillo, si no mal recuerdo— desaprovecha su anécdota y se pierde completamente en las últimas tres páginas, dejando la sensación de que el escritor se divertía más lanzando su imaginación hacia donde fuera que en hacerla aterrizar en piezas completas y acabadas.

El dios ciego

En Alexander Lernet-Holenia las obsesiones recurrentes de todo

Héctor Orestes Aguilar
"Valores y colecciones de la literatura austriaca" (2)
Enero/Mayo 1995.
#6



Héctor Orestes Aguilar. Hizo estudios de música, comunicación y lingüística. Ensayista y narrador, colabora en diversas revistas, periódicos y suplementos, como *El Nacional*, *Casa del Tiempo*, *El Semanario*, *La Gaceta FCE* y *Biblioteca de México*.

pequeñas licencias que Menis se confiere con tal de proseguir su romance, la indolencia militar aumenta y se reproduce como enfermedad sin cura, peste oscura e impenetrable.

En contrapunto a Bottenlauben —oficial que representa la mirada alemana sobre la disgregación centroeuropea, sin aceptar siquiera físicamente la posibilidad de la indisciplina—, Menis asume en lo profundo de su conciencia la disolución de lo invisible: en el interior de los campesinos convertidos en soldados de la monarquía el mundo que habían jurado defender se había hundido. Lo visible podría sostener la apariencia de la duración, pero en la cabeza de los ucranianos, polacos, húngaros, checos, croatas e italianos la única misión verdadera era volver a casa a salvo, renunciar al imperio a cambio de las diminutas y groseras casas de sus provincias.

En su fin de mundo, el soldado austriaco percibió el vacío de los valores a través de la pauperización de las insig-

nias, los emblemas, del mismo protocolo y la ética de la milicia que se transformaron en letra muerta a medida que los movimientos centrífugos de las pequeñas nacionalidades se dispararon. En sus pesadillas, Menis vive asaltado por infinitos brazos que intentan arrebatarse el estandarte, reliquia que ha servido (como un guerrero más) al imperio durante cien años. Luchar por convertirse en el portaestandarte se vuelve instinto de conservación de la vida imperial, intento salvífico que mucho tiene de acto contrito y expiatorio.

Si para salvar la monarquía dual había que hacer valer una moral, una ética y un orden de valores, para salvarse personalmente de la ruina, parece decirnos Lernet, hay que aspirar a un destino de héroe. Acosado por la devastación circundante, al soldado le queda tan sólo aferrarse a su endeble entidad. El honor del guerrero, su fortaleza física y la gloria de la acción directa fueron, para los no poco militares austrohúngaros que hasta el fin permanecieron fieles a la monarquía, el asidero de emergencia para no verse expulsados del siglo.

La noche nupcial del estandarte

El monarquista como fetichista: aferrados al culto de los símbolos, muchos de los personajes de Alexander Lernet-Ho-



